

MARIA:

¡Oh que bienaventurados,
que dichosos, que benditos
serán los ojos que vean
y gocen el beneficio
de ver a Dios encarnado,
en la tierra peregrino!
Y sobre todo ¡que gloria,
que honor tan esclarecido
será para aquella Virgen,
asombro, pasmo y prodigio
del Orbe, que ha de ser
Madre de mi Dios!
Según lo dijo en el capítulo siete
de su sacro vaticinio
el gran profeta Isaías.
¡Ojala que a su servicio
la Divina Providencia
destinara mi albedrío
¿Quién será, Cielo bendito
virgen tan feliz?

SAN GABRIEL:

¡Dios te salve gran Princesa!
Llena de gracia Divina:
el Señor está contigo,
y por tanto eres bendita
entre todas las mujeres.

MARIA:

¡Que estupenda maravilla
es esta piadoso Cielo!
Turbada estoy y oprimida
de dudas y confusiones.
¿Qué palabras tan divinas
son estas? Dios de la sabiduría,
descubridme este misterio.

SAN GABRIEL:

No temas, sagrada Virgen María,
porque has hallado con Dios
tanta gracia y tan cumplida
que concebirás un hijo
en tus entrañas benditas.
El nombre que has de llamarle
es Jesús, en quien se cifra
la salvación de los hombres
por se hijo excelso del Altísimo.

MARIA:

¿Cómo se ha de efectuar
esta sacra maravilla,
si no conozco varón,
pues tengo a Dios desde niña
hecho voto de guardar
castidad toda mi vida?

SAN GABRIEL:

Vendrá el Espíritu Santo
con su presencia divina
a ti desde su real trono
y la virtud infinita del Altísimo
hará sombra en esta obra peregrina,
y así el Santo que naciere
de tu vientre ¡oh gran María!
Llamarase Hijo de Dios.
También pongo en la noticia,
como tu prima Isabel,
esposa de Zacarías,
conocida como la estéril,
concibió para su dicha un hijo,
y es el mes sexto de su preñez.
Porque Dios cuanto quiere facilita.

MARIA:

Aquí está la humilde esclava del Señor,
que sacrifica a la suprema Excelencia
de su voluntad divina la suya,
muy diligente a obedecerle rendida.
Hágase en mí tal portento,
cúmplase tal maravilla según tu palabra.

HERODES

¿Has visto ya que contiene
ese edicto del Imperio?

MINISTRO:

Ya lo he visto gran señor.

HERODES:

¿Y a qué se dirige?

MINISTRO:

Leo.

HERODES:

No es necesario, decid,
porque siempre he sido opuesto
a oír con expresión
órdenes de otro supremo.
En fin, en breves palabras
referirme su contexto.

MINISTRO:

Manda pues, oh gran señor...

HERODES:

Este punto es indiscreto.
Pues aunque sea soberano
César Augusto en mis reinos,
estoy yo delante y sabes
que lo siento y que me ofendo.
No vuelvas en mi presencia
a decir: ¡manda el Imperio!.

MINISTRO:

Mi ignorancia perdonad.

HERODES:

Adelante.

MINISTRO:

Su contexto se reduce a disponer
por un general decreto,
César Augusto Octaviano
en todo su vasto Imperio,
un padrón o descripción,
que ha de escribir cada pueblo
en que se apunte los nombres
y sobre nombres de aquellos
que por oriundos conozcan.
Las penas con que lo impone
las dejo ahora en silencio,
por no molestaros más.

HERODES:

Tranquilo está allá en su imperio
César Augusto Octaviano.
¡Pues así lo ordena el cielo,
forzoso es sufrir, paciencia!
Que estando un rey
sujeto a otro supremo,
es preciso obedecer,
estoy hecho cargo del edicto;
id y con aparato regio darlo al público.

MINISTRO:

Señor voy al punto a obedeceros.

CENTURIÓN (pregónero):

Se hace saber...
que nuestro emperador
Cesar Augusto Octaviano...
queriendo saber cuantos súbditos
tiene en esta provincia...
manda hacer un padrón o descripción...
que ha de escribir cada pueblo...
en que se apunten los nombres
y sobrenombres de aquellos
que por oriundos conozcan...
por lo que todos irán a empadronarse
obligatoriamente a su pueblo de origen.

REBECA:

¿Jusepe que es lo que traes?.

JUSEPE:

Que vengo lleno de mieo,
sende arriba hasta abajo.

REBECA:

Desajógate, dí presto tu bien o tu mal,
por ver si aliviarte en algo pueo.

JUSEPE:

Escúchame atentamente:
El rabaán me mandó
aparejase el jumento
y me endilgase a Belén
a remendar el caldero:
Ansina que yo y el burro
llegamos dambos al pueblo,
cuando llendo por la calle
el dianche del pollinejo
por las orejas me echó y
me estrelló en aquel suelo.
Me puse tan colorao,
tan amarillo y tan prieto
con la vergüenza que tuve
que por poquito me muero.
Llegamos por fina a un sitio
más ancho que too esto
y había unos mozuelos
dando pitíos y tocando panderos
que del grupo salió uno
mu plantao y mu derecho
que dio unos gritos mu recios
sin que respondiera nadie.

REBECA:

Eso sería algún bando
de orden del Romano Imperio.

JUSEPE:

El mesonero me dijo
que era un erito
del Imperi de Roma
en que se mandaba
que hombres, mujeres y viejos
al pueblo donde nacieron se fuesen ...
La lengua se me trabuca,
a decillo no me atrevo
pus me parece que ya
veo la joz en mi cuello.

REBECA:

No te detengas, acaba
¿Qué es lo que manda el Imperio?
Que me has puesto en gran cudiao.

JUSEPE:

Que a toos como carneros
nos descabecen al punto.

REBECA:

No hay que afligirse, Jusepe,
que ese descabezamiento
no será como tu pescas,
será que Octaviano a sus vasallos
nos querrá echar algún censo.

JUSEPE:

Yo lo que sé
según ijo el mesonero,
que muchos de Nazarén
y otras partes,
vendrían a encabezarse.
Entonces salí juyendo...

REBECA:

Como eres tú tan bozal
y de tan basto entelento,
ni entendiste el pregón,
ni tampoco al mesonero.
Y dejando uno por otro.
¿remendaron el caldero?

JUSEPE:

Que caldero ni que porra,
ahora me parara a eso,
estando ya sentencia
para el descabezamiento.
Jarto jice con escurrirme
y zamparme aquí en un güelo.

REBECA:

Y al ganao ¿no te vas?

JUSEPE:

Que ganao ni que cuerno,
apique que allí me tope
algún bigotón de aquellos
y mos deje a buenas noches...
y si no me engaño, pienso
que por el camino vienen dos bultos,
huyamos luego.

SAN JOSÉ:

Ya gracias a Dios
estamos en la ciudad de Belén,
si os parece amado bien,
por sus calles discurramos
por ver si acaso encontramos
algún pariente o amigo
que nos franquee algún abrigo
en tan prolija ocasión.
Quiera Dios darme el consuelo
de hallar alguna posada que daros,
María amada, pues me causa gran dolor
siendo madre del Señor,
miraros tan fatigada.

MARIA:

Si es voluntad del Señor
que así los dos padezcamos,
unánimes le sirvamos
con paciencia y con amor.
Y sea vuestro consuelo
que todo lo ordena el cielo.

SAN JOSÉ:

Yo quiero llegar señora
a esta casa de un pariente
para ver si encuentro en ella
que daros algún albergue.

MARIA:

Llegad, venerados esposo,
a ver si Dios halla albergue
en sus mismas criaturas
a quien crió omnipotente.

POSADERO1:

¿Quién va?

SAN JOSÉ:

A Dios Gracias.

POSADERO1:

¿Qué desea?

SAN JOSÉ:

¿Quiere dar a un pobre peregrino una posada?

POSADERO1:

Hermano,
por la presente no puedo darle acogida.

SAN JOSÉ:

Mira que soy tu pariente José
de la estirpe regia de David,
aunque me niegues.

POSADERO1:

Muy poco me importa sea,
como dice, mi pariente;
lo cierto es que en mi casa
no le puedo dar albergue
y así debe retirarse
que eso es lo más conveniente.

MARIA:

Vamos esposo a otra parte
y así no te desconsueles,
que esto permite el Señor
porque a los dos nos conviene.

SAN JOSÉ:

Vamos con Dios,
llegaremos a llamar en esta puerta
que es de otro deudo,
por ver si hallamos en él clemencia.

POSADERO2:

¿Quién llama?

SAN JOSÉ:

¡Amigo! Un pobre afligido
tienes humilde a tus puertas
con una mujer de parto
que, quien por Dios
te pide y ruega
le des posada esta noche.

POSADERO2:

Mire, pues, con lo que viene.
¿Habrán visto friolera como ella,
en tales horas quebrantándonos las cabezas
con golpes tan importunos?
Ea, vaya a otra puerta hermano,
y mejor sería dejara de dar molestias
al vecindario en las horas
que se descansa y sosiega.

SAN JOSÉ:

¡Oh Dios sacro omnipotente!
¡Que no hay quien te dé acogida!

MARIA:

José, venerado esposo, no os aflijáis,
que el Señor ha de mirar por nosotros.

POSADERO3:

¿Quién está ahí?

SAN JOSÉ:

Un José pobre, afligido y lloroso,
que camina con sus esposa,
y te pide por socorro
le des posada esta noche,
que el cielo está riguroso
con el hielo y con los fríos.

POSADERO3:

¡Miren que bravo reposo!
¿Es este mesón, hermano,
para venir de ese modo
pidiendo le den posada?
Váyase de ahí muy pronto.

SAN JOSÉ:

¿No conoces a José?

POSADERO3:

Ni saber quiero tampoco
quien es José ni su esposa.

SAN JOSÉ:

Mi esposa viene de parto,
dadme un rinconcillo corto,
por amor de Dios lo pido.

POSADERO3:

Ea, váyase de ahí,
no den lugar a mi enojo.

SAN JOSÉ:

Mira que Dios te lo ruega.

POSADERO3:

Déjese de porfiar
y si quiere albergue propio para pobres,
vaya fuera de Belén
y hallará un portal angosto.
Allí podrán hospedarse.

SAN JOSÉ:

¡Benditos sean Señor
tus juicios tan asombrosos!
¡Vamos esposa querida!
¡Vamos a ese portal corto!

JUSEPE:

Adiós caballeros.

ISAAC:

Hombre

¿pa qué has venío en esta noche al ganao
con estos fríos tan grandes?

JUSEPE:

Porque abajo junto al plao
jise candela y al raso
me dolmí como un copacho.
Ahora poco disperté y vine traspagilando.

ISAAC:

Capaz eres de dormir sobre un alfanje afilao.

JACOB:

Has estao malo, ¿Dí?

JUSEPE:

Peor, que estao encantao.

JACOB:

Encantao, ¿Cómo es eso?

JUSEPE:

Eso... pies más espasio.
Si hay cachorreñas o migas
o alguna cosa, comamos,
porque traigo mucha jambre.

ISAAC:

No están jechas.

JUSEPE:

Pus bebamos por si entramos en calor,
de frío estoy tiritando.

ISAAC:

Saca la bota y después
jacer las migas volando,
porque a manta jace frío.

JUSEPE:

Ea, señores, yo brindo
por la salú de un cuitao,
que ero yo, porque me libre su majestá
de un gabacho que quiso de mí burlarse...
mala pedrá en sus cascos.

ISAAC:
En los tuyos.

JACOB:
Hola! Digo... que la empinas, borracho.

JUSEPE:
¡Quítate allá! Que esta noche,
¡pardiez! Si yo no me engaño,
es la noche de la cosa.

ISAAC:
¿Por qué lo ices, muchacho?

JUSEPE:
Porque yo no sé que tengo,
tengo un alegrón tamaño
en mi alma y en mi cuerpo,
que no puedo desechallo.
¡quita! Que voy a beber.

ISAAC:
Jusepe, no seas borracho.
El alegrón que tú tienes
es lo que vas empinando.

JUSEPE:
¡Hola! Digo,
caballeros que no es agua.
Vamos craros...
parece que en la cuadrilla
estamos ya tres borrachos.
¡Que buen beso le pegasteis!
¡Pez con pez la habéis dejao!
Una cosa se me ofrece, curiao,
que esta noche mando,
porque soy el rabaán
sende ahora del rebaño.

ISAAC:
Arriba se le ha subio.

JUSEPE:
Antes de arriba ha bajao.

JACOB:
Güena está tu alma.
Ea, ya jabrá desconcertao.

ISAAC:
Que presto se embriagó.

JUSEPE:
¡A jacer migas muchachos!
Porque si nó, con la porra,
os he de romper los cascós.
Ya me han salio las cabrillas,
vamos al punto, yo mando.

ISAAC:
El zagal está penoso.

JACOB:
No se puee a los muchachos
dar vino pa que beban.

JUSEPE:
¡Mirad! ¿Qué jaceis paraos?
¡Vamos a migar el pan!

JACOB:
Ea, pus vamos volando.
¿Dónde esta el pan?

JUSEPE:
¡En Belén! Lo tenemos tan barato...
que diz que lo dan de gracia
al probe necesitao.
Es tan sabroso y tan branco,
que es una gloria comello.

ISAAC:
Tú estás bien arrematao.
En el zurrón está el pan,
La sal y también los ajos.
¡Jacob! Los dos migaremos.
Trae tú la sartén del rancho.

JACOB:
¿El zagal no está penoso
con el vino que ha empinao?
Y mas ... que bebió muy poco.

ISAAC:
En estando uno borracho
le temo como a la muerte.
Temblando estoy del muchacho
porque como sin juicio
pue jacer un tentao.

JUSEPE:

¡Ay tío Isacio! Una fantasma
viene revoloteando por esos aires,
parece un pajarraco encarnao,
viene echando tantas chispas
que to el monte está craro,
sigún las luces que arroja
¿sí vendrá a descabezarnos?
Las ovejas y aún los perros
toas se han espaventaos,
acorrálás están.
Los carneros han tomaos por el monte abajo.
El burro pensó que era algún lobaso
y de mío el probecillo
too se ha escagajonaos.

ISAAC:

Calla, tonto, eso es el vino.

JUSEPE:

Que vino ni que capacho,
levántate y lo verás.

ISAAC:

Ahora estamos bien sentaos.
Deja la sartén y duerme el lobo
que has agarrao.

JUSEPE:

¿Qué no me crees?

ISAAC:

No te creo.

JUSEPE.

Ya está aquí. Bien empleo
porque no querían crearme
culpándome de borracho.

SAN GABRIEL:

Mirad, pastores dichosos,
que no intento amedrentaros,
pues soy ángel del Señor
que vengo a evangelizaros
el mayor gozo del mundo.
Y es, que ya teneis humano a Dios
que para vosotros hoy ha nacido.
¡Alegraos!.
En la ciudad de David teneís
a este Dios sagrado.
La señal que os doy es esta:
Hallaréis en un establo,

envuelto en pobres pañales,
un infante soberano.

¡Id a adorarle pastores!.

Y vosotros, elevados espíritus celestiales,
celebrad tan sacrosanto misterio
del nacimiento de nuestro Dios humanado.

JUSEPE:

¡Digo! ¿Estaba yo borracho?
Eso es como dijo el otro:
los locos y los muchachos
siempre icen las verdades.

ISAAC:

¡Que mancebo tan gallardo!
¡Dejad las migas y tos vamos a ver ese pasmo!

JACOB:

¿Y el ganao ... quea solo?

ISAAC:

No tengas de eso cuidito.

JUSEPE:

¡Hola! igo... ¿y no se le lleva a ese niño algún
regalo?

ISAAC:

¡Razón es que se le lleve!
Y así será muy del causo:
se le presente manteca, miel
y un cordero trempaño.
Ea, compañeros, alto,
vamos a ver ese asombro.

ISAAC:

¡Colad tras mí, compañeros!
Este sin dúa es el niño.

JACOB:

¡Válgame Dios, que hermoso!
¡No he visto niño tan lindo!

JUSEPE:

¡Voto a Pris,
que es mi tocayo el paire del chocorrito!

JUSEPE:

Agora será del causo
que cá uno a mi niño
le iga de su calletre
alguana copra o digío,
sea Isacio el manigero
que de los tres es laíno.

ISAAC:

Pus allá voy, caballeros.
Aunque niño te veo tan probetico...
te creo un Dios tamaño,
pero muy rico,
porque es muy cierto,
que aunque probe,
eres hijo del paire eterno.

JUSEPE:

¡Qué güeno ha estao, que lindo!
Jacob, encaja tú agora.

JACOB:

A conquistar bajaste
todas las almas
para reinar en ellas,
pero sin armas...
porque yo igo
que hará huir
tu nombre al enemigo.

JUSEPE:

¡A ver Jacob, que sabio!
Agora me toca a mí.
Y por lo tanto a mi Niño
le he de endilgar dos coplillas;
atención que ya las igo:
¡Escuche, tío Jusepe,
que está usted medio dolmío!
Y nosotros, primeros,
somos llamados
para miraros Dios,
pero humano,ao,
porque tú quieres darnos la primacía
por ser probetes.
¡Esto sí que es decir copras!
De lo demás yo me río...
y cuidito que no soy ni leío ni escribí.

ISAAC:

Perdonad que atrevío
os ofrecca este presente de miel
y con él rendío mi corazón
que os venera como a mi Dios infinito.
Dadme vuestra santa gracia
para que acierte a serviros.

JUSEPE:

Jacob,
cómo se conoce que el rabaán es leío...
mira ahí lo que ha ensartao
de conceptos y dicíos.
Ahora veré si tú eres también tan reicho.

JACOB:

Perdonadme que os ofrecca,
en señal de mi cariño,
este tarro de manteca,
que aunque no es presente
digno de tu grandeza,
a lo menos es don significativo.
Por lo tanto, te soprico:
que a mí me jagais un santo
para que sea elegío.

JUSEPE:

Ea, juera, rancho aparte
porque agora yo me sigo.
Dios dé a ustedes muy guenas noches señores.
Yo los estimo
como si yo los comiera
los favores tan cumplíos
que nos han jecho,
enviando a la majá aquel mocito.
Y yo, que no tengo ná,
he robado del aprisco
este borrego crio
con jara y con tomillo,
para que jugues con él, si te parece,
si no lo comes en cochifrito.

MARIA:

Yo os agradezco, pastores,
el obsequio que a mi hijo habéis hecho:
conoced que en todos habéis sido
los primeros que humanado
en este mundo lo han visto;
estimad tan gran merced,
no olvidéis tal beneficio;
sed buenos en vuestra vida,
sirviéndole muy rendidos,
amándole en vuestras almas
que siendo franco y benigno
os llenará de su gracia
y de bienes infinitos.

JUSEPE:

Agora señora nos vamos
porque a manta jace frío
y el ganao estará dando vajíos.
Adiós tocayo, adiós niño.

CENTURIÓN:

¡Señores! Por vuestro honor
dignaos parar y atentos me oís:
Mi rey y mi señor,
a quien todo el pueblo hebreo
rinde justo vasallaje,
como a su único supremo,
el gran Herodes, me manda decir,
con el respeto debido a vuestras altezas
que os sirváis, en justo obsequio
de su excelsa majestad,
venid en mi seguimiento,
a verle en su real palacio
donde os espera, supuesto
que solicitáis saber
del monarca verdadero de los judíos.

MELCHOR:

Conformes. El mandato obedecemos.

HERODES:

¡Señores!
¿Qué novedad os ha traído a mi reino,
que me ha puesto en confusión
y me tiene muy suspenso?

MELCHOR:

Sabed señor, que a un rey buscamos
del Israelítico pueblo.
Pero nuestra fé nos dicta
que es rey que bajo del cielo.

HERODES:

¿Quién sirvió de mensajero
para el anuncio feliz
de un tan grande nacimiento?

MELCHOR:

Habrá, Señor, trece noches,
que estando yo en mi aposento,
al punto de recogerme
en mi acostumbrado lecho,
al mediar la media noche,
ví en el cielo un gran lucero.
Este era un vaticinio
que un profeta de los nuestros,
a quien llamaban Balaam,
dijo en los pasados tiempos:
Que nacería una estrella de Jacob,
signo, el más cierto,
de haber al mundo venido
un rey que bajó del cielo,
que reinaría en Jacob
y su imperio sería eterno.
Hemos andando inquiriendo
por esas calles a todos
y nadie nos da consuelo,
ninguno nos da razón
de este feliz nacimiento.
Si acaso vos lo sabéis
nos daréis un gran consuelo,
porque nuestro corazón desea,
con grande anhelo,
verse con quien arrastró
lo fino de sus afectos.

HERODES:

Ya os he dicho
que mis sabios consultados respondieron:
que según la profecía de Miqueas,
era cierto ser Belén
la corte misma del Mesías verdadero.
Idos en paz a Belén
y rendidamente os ruego:
que al instante que lo halléis,
me deis aviso el más cierto y puntual,
para que vaya también, como debo,
imitandoos a besarle los pies
y a reconocerlo por legítimo
Señor mío y de todo mi reino.

MELCHOR:

Pues, dando vuestra licencia,
a Belén nos partiremos.
Y mandad hasta otra vez.
Dios os guarde.

HERODES:

¿A un rey buscando venimos,
que ha nacido en este reino,
porque en el oriente vimos
un portentoso lucero,
que claramente nos dijo
su importante nacimiento?
¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Qué es esto, Herodes, qué es esto?
¿Venid buscando otro rey
teniendo en la mano el cetro?
¿Cómo has sufrido esta injuria?
¿Cómo tal atrevimiento?
Pacífico has tolerado,
atropellado el respeto
que a tu presencia se debe.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
¿Oír mi propia deshonra
y estar con tanto sosiego
sin haber ejecutado
el castigo más severo
cual merecen estos hombres
por su infame atrevimiento?
No he de consentir
que otro viviendo yo
tenga el cetro de Judea,
porque yo sé gobernar
muy bien mi reino.

Si alguno así lo pensare
es vano su pensamiento.
Luego que reciba aviso
de los reyes extranjeros
pasaré a Belén,
veré quién es ese infante nuevo
rey de Judea ¡Mal dije!
Ese atrevido grosero
que intenta vil destronarme.
Y a pesar del mundo entero
he de beber de su sangre.
En fin ... a Belén iré,
no como esos necios fueron
a rendirle oraciones,
sino a rendirle ¡mi acero!
La vida le he de quitar
pésele a sus padres mismos.
Y si acaso lo resisten
haré lo propio con ellos.
No ha de reinar en Judea
sino yo que estoy viviendo:
en muriendo... mas que reine
aunque sea el mismo infierno.
¡As de la guardia!

CENTURIÓN:

Señor.

HERODES:

Ten cuidado,
si de esos señores que aquí han estado
viniese algún mensajero,
de avisarme luego al punto.

CENTURIÓN:

Obedeceré el precepto.

JUSEPE:

No te lo ige, zagala,
si tomaras los consejos
que siempre te da tu hermano
no te sucediera eso.

Con maire no partas peras
porque ya sabes su ingenio.
Y sobre tó los jijos
debemos estar mu atentos
a lo que mandan los paires,
para la punto obedecellos,
porque así lo manda Dios
en el cuarto mandamiento.

REBECA:

Mijor consejero jaces
que pastor de los carneros.

JUSEPE:

Oye y que no es mentira.
Sende que ví aquel portento
y lo aoré en el portal,
Dios y hombre a un mesmo tiempo,
sé más de cuatro cosillas
y tal que me las apuesto
aunque sea con los dotos
rabinos del santo templo.

REBECA:

Agora que lo has mentao...
me has de rematar el cuento
que empezaste a decirme
y moslo estorbó el llucero
aquel del jopo tan largo.

JUSEPE:

Pus mira que te prevengo,
tienes que estar muy atenta.

REBECA:

Dilo que te lo imprometo.

JUSEPE:

Aquella noches de frío
mos dio ganas de unas migas
por calentarnos, que el yelo
ya nos tenía abrumaos
tiritando sin consuelo.
Al tiempo que procuraba
sartén, dornillo y cuerno,
ví de improviso tirarse,

casi encima de mi mesmo,
un pajarraco encendio
como joquete rastrero,
un mocetón en el aire,
sin estrellarse en el suelo,
mos encajó su embajá
de esta manera diciendo:
No tengáis miedo, pastores,
pues soy un ángel del cielo
que no trato de engañaros,
antes vengo muy dejecho
a deciros la verdad.

Y os anuncio como cierto
el mejor gozo del mundo
y es por decillo más presto:
que ha nacido jecho hombre
el jijo del Paire Eterno.
La señal de ser verdad
cuanto aquí os estoy diciendo
es, que vayáis a Belén
y le veréis arrevuelto en pañales
y acostao en un pesebre,
en el suelo, que allí lo puso su maire
por no encontrar otro puesto
más acomodao donde colocallo.
Sende luego id adorallo, pastores,
ques un regucijo el vello.
El rematar de labrar
y el trasponerse jue a un tiempo.

A toa esta zalagarda
se juntaba estar el cielo
tan lleno de clarines,
tanta luz y tanto fuego
que parecía mediodía.
Ansí los tres compañeros
del mismo modo queamos
y más cuando arreparamos
que al son de los instrumentos
cantaron un villancico
y después lo epitieron
otras muchísimas veces,
que nenguno lo entendieron
sino el rabaán Isacio:
Gloria en acelgas fideo,
se entierra paja en ombligo;
que en la lengua clara
es lo mesmo que decir:
En las alturas a Dios
en la gloria cantemos
y en la Tierra,
paz al hombre con agrado y buen afleuto.

REBECA:

¿Y se puee creer eso?

JUSEPE:

Mira no te dé un sopapo...

¿Porque yo soy embustero?

Si estaba allí el sol divino
y lo miré muy atento.

¿No había de estornuar?

REBECA:

Con ese hueso a otro perro

¿Qué me quieres tú encajar,

que miraste al Sol mismo

al punto de medio noche?

Esa mentira no creo.

JUSEPE:

No es, tonta,

ese sol que piensas,

que el que te voy refiriendo

es el Sol más resplandeciente,

que es el Niño Dios eterno.

Este es el grande Mesías

que decía nuestro abuelo.

REBECA:

Ya caigo, sigue la historia.

JUSEPE:

Purque como iba diciendo,

estaba allí acostao

en un pisebre en el suelo

envolvío en sus pañales,

y su lao miré atento

a su maire tan hermosa

¡Como que parió aquel cielo!

Estaba mirando al niño

con unos jojos muy tiernos,

al otro lao su esposo,

estaba muy circupleito

también mirando al choquito.

REBECA:

¿Y ese hombre era muy viejo?

JUSEPE:

Era un hombre regular...

de unos treinta años y medio.

REBECA:

¿Era su paire del niño?

JUSEPE:

Si es jijo del Paire Eterno

¿había de tener dos paires?

REBECA:

¡Ay que santurrón

está el güeno del zagalejo!

JUSEPE:

Pus mira ¿quieres creer

que no peco de provecho?

REBECA:

Ya lo arregarao,

ojalá te mantenga Dios tan gueno.

Y dime, hombre,

una cosa que no has mentao en el cuento,

¿Cómo se llama la maire

que parió este niño bello?

JESEPE:

¿Qué no lo sabes? ¡Maria!

REBECA:

¿Y su mario?

JUSEPE:

Jusé, como yo, que es mi tocayo

y un hombre pero mu gueno.

REBECA:

Oyes, Jusepe,

¿no ves? Por allí viene el lucero

y también viene el lucero

y también vienen los Magos.

Y ¡cual corren los cigüeños! ...

por poquito allí un negrito

si no se mantiene tieso

se apea por las orejas.

¿A dónde irán tan corriendo?..

Pus mira que ya pararon,

Jusepe, vamos a verlos.

JUSEPE:

Ya vuelven a caminar

tan súpito como el trueno,

jacia Belén: tengan cuenta,

sini van al portalejo

a orar al Niño Dios,

que me maten si no es cierto,

date prisa, Rebequilla,

y así too lo veremos.

MELCHOR (TRES):

Este, dichosa princesa,
es el niño prodigioso
que nos anuncia la estrella.

MELCHOR:

Como a Dios, rey inmortal,
os adora y reverencia
muy rendida nuestra alma,
sin que veros en pobreza
nos cause recelo alguno
de vuestra deidad suprema.
Pues como Dios y monarca
de los cielos y la tierra
os portáis a vuestro gusto.

Este oro que producen
las entrañas de la tierra
a influjos del sol ardiente,
es Don que mi amor presenta
a este rey. Tributo sea
a su sacra majestad
rey del Cielo y de la Tierra.

Y perdonad gran señora mi cortedad
que quisiera ofrecer a vuestro hijo
un Don digno a su grandeza.

GASPAR:

Oh Dios de la majestad
creador del cielo y la tierra,
yo os adoro y reverencio
por tanta magnificencia
como vuestra diestra mano
hace al polvo la tierra.
Señora, qué dignidad tenéis
de tanta excelencia
pues sois madre de ese Dios,
mí respeto os reverencia, c
omo templo, como altar
donde mi Dios se ostenta.

Y así, a vuestros pies postrado
consagro humilde esta ofrenda.

Pastillas son de la Arabia
el Don que mi amor presenta,
para que por mí, a este Niño Dios,
perfume vuestra alteza.

BALTASAR:

Y yo, Señora,
aunque indigno de estar en vuestra presencia
y la de este Dios humano
que en vuestros brazos venera,
mi respeto más rendido.

Os hago humilde esta ofrenda
de mirra, para que vos, en sacrificio,
la ofrezca a vuestro a vuestro hijo por mí.

Y perdonad, gran señora, la cortedad,
que quisiera fuese mi agradecimiento
competente a su fineza.
Rogad por mí a vuestro hijo:
no me aparte de su diestra.

MARIA:

Reconocidos señores,
obligada a vuestra sierva
dejáis con tanta merced;
lo que mi alma quisiera
fuera tener un palacio
en que obsequiaros pudiera,
pero mi hijo y Señor
ha escogido la pobreza
para nacer en el mundo.
Infinitas veces sean
benditos sus altos juicios.
El consuelo que me queda,
es que de vos se acordó
y llamó su providencia
para que le veneraseis
por Dios del cielo y la tierra,
por rey de reyes, por hombre,
como muy bien vuestra ofrenda
lo ha explicado, por lo cual
derramará sus clemencias
llenándonos de su gracia,
que es la más segura puerta
de la bienaventuranza
que todos tres os espera.

MELCHOR (TRES):

Para que a gozar lleguemos
de vos en la gloria eterna.

CENTURIÓN:

Señor, con gran diligencia
he practicado el mandato
en Belén y su comarca,
y a una voz han declarado
que vieron a esos tres hombres
entrar fuera del poblado
en una caberna o gruta
y alli estuvieron postrados
adorando a un rapacillo.
Y luego sobre sus brutos montaron
y por distinto camino
para sus reinos marcharon.

HERODES:

Que así aquellos tan groseros
de mi se hubiesen burlado
¡Que no los hubiera preso!
¡Que no hubiera yo arrastrado
a quienes tan sin respeto
mi majestad injuriaron!
¡Que esto le suceda a un Rey!
No soy quien soy, si no hago
para escarmiento del reino
el castigo más extraño
que en el mundo se haya visto,
en defensa y desagravio
de mi honor, muera el rapaz,
mueran sus padres, cuantos
intentaron oponerse
a mis designios: cuidado,
que se observe puntual
el decreto que te encargo.
Que se ajuste a tu agrado
de mis tropas las que basten
para el auxilio y resguardo,
y que salgan en patrullas
por todas partes buscando
con el debido sigilo
a ese rapaz atrevido,
que intenta con desacato
destronarme (mal he dicho)
que no es capaz de pensarlo
viviendo en el mundo yo:
y al instante que sea hallado,
luego al punto darle muerte.
Esto fio a tu cuidado,
para que desagraviado
quede mi honor de esta suerte
no dilates practicarle.

CENTURIÓN:

Mi lealtad, gran señor,
solo teme no encontrarlo,
y así quedad entendido
que siendo yo el encargado,
si le encuentra mi furar
lo vereis bien colgado;
pues he de ser el verdugo
siendo vos el injuriado,
que haré de su cuerpecillo
con mi arco mil pedazos.

HERODES:

Sepa mi reino judaico,
si maquina contra mi
un tan infame atentado;
sepa que vive sin mengua
el cetro real en mi mano,
y con él el duro acero
para castigar a cuantos
a mis fuerzas se opusiesen
y así muera el rapaz
a manos de sus verdugos,
pague su vida el agravio,
la injuria, el desacato
contra su rey tan enerome.
En fin, si ya no lo hallasen
mis diligentes soldados,
no ha de quedar en Belén,
ni en sus pueblos comarcas
infante alguno con vida,
y puede ser que entre tantos
inocentes, pague el reo,
su delito temerario.
Confieso ser crueldad,
pero mi honor es más alto,
importa más que la vida
e interes de mis vasallos.
Muera, y con eso paguen
la culpa que no adeudaron,
que entre inocentes quizá
morirá es vil culpado.

REBECA: (despierta a Jusepe)

JUSEPE:

Rebeca, he tenio un sueño
y he despertao tan afligio,
con tal dolor y tal pena,
que he soltao el trapo llorando,
como los niños de teta;
pus aunque estaba ya en mi,
me parecía de veras.

REBECA:

¿Pues que jué lo que soñaste?
Dimeló porque lo sepa.

JUSEPE:

Como estos días ha andao
el Centurión en la aldea
por las casa pesquisando,
con su compañía entera,
y nunca será cosa guena
que resollará algún día
y quiera Dios que yo mienta...

REBECA:

Que ha de resollar, Jusepe,
no anuncies ya malas nuevas.

JUSEPE:

Resollará que los niños,
resuellen sin la cabeza.

REBECA:

No te entiendo ese latín,
ni comprendo el trabalenguas,
¡Cuenta ya lo que soñaste!

JUSEPE:

Soñé que esa chusma fiera
de sayones y verdugos
a porfía, sin reserva
degollaban desalmaos
toos los niños de teta.
Sus maires lloraban tanto,
que se escuchaba sus quejas
jasta en la ciá de Roma.

REBECA:

¿Y porqué era esa trageria?

JUSEPE:

Porque a Jesús no encontraban:
envidiosas diligencias
de un rey, que quiere seguir
siendo sólo y que nenguno
le baraje su gandeza.

REBECA:

No quiera su Magestá
que tal desgracia socea,
porque entonces el joicio
de pena se me golviera.

JUSEPE:

Pus vayamos muy corriendo
pa contarle este sueño
al patriarca José
y lo tenga muy encuentra.

JUSEPE:

¡Tio Jusepe!
Venimos a contar un sueños
que no ha puesto en gran tristeza
y es que a Jesús y otros niños
por el mandato de Herodes
resollarán la cabeza.

SAN JOSÉ:

Parecido sueño tuve y anoche.
¡Gracias Jusepe y gracias Rebeca!
Que ya estamos preparados
para marchar de esta tierra.

MARIA:

Hijo mio, hermoso cielo,
espejo en quien se recrea
vuestro eterno Padre, objeto
de todas mis complacencias,
alabo incesantemente
vuestra grande providencia.
Y vos, amado José,
conceded vuestra licencia,
para tener en mis brazos
mi Jesús, mi amada prenda.

SAN JOSÉ:

Tomadlo, sagrada esposa,
y sigamos la carrera
si os agrada en cumplimiento
de lo que el señor ordena,
que yendo yo a vuestro lado
y al de mi Jesús, no hay pena,
tribulación, amargura,
ni trabajo que yo tema.

Vamos a Egipto, Señora
huyendo de la sangrienta
envidia del rey Herodes,
que tengo esperanzas buenas
de hallar entre los infieles
más piedad que en la Judea,
hasta que el cielo disponga,
se serenen las inquietas tiranas solicitudes,
y volvamos a la tierra.
Dueño, Señor y Dios mío,
encaminad nuestras huellas.